

Nosotros, los oprimidos de América Latina y el Tercer Mundo, no podemos ufanarnos de nuestra nación porque ella no representa el ámbito de la libertad, de la soberanía, de la igualdad económica, de la justicia social; ni representa una comunidad de destino que vaya configurando una comunidad de carácter, una personalidad nacional en sentido auténtico. La nación que anhelamos es para nosotros todavía la utopía, el "buen lugar", el lugar histórico donde encuentren su realización la libertad, la soberanía, la historia propia y la cultura propia y la conciencia de lo propio.

FILOSOFIA Y CONCIENCIA NACIONAL*

Samuel Guerra Bravo

Para Ecuador, la América Latina y el Tercer Mundo, el recto camino, que está por abrirse, apunta y debe apuntar a su liberación, es decir, a la construcción de una nueva nación y una nueva conciencia nacional.

La nación que anhelamos es para nosotros todavía la utopía, el "buen lugar", el lugar histórico donde encuentren su realización la libertad, la soberanía, la historia propia y la cultura propia y la conciencia de lo propio.

"La nación, ese supremo invento del capitalismo del siglo XIX, históricamente no ha sido otra cosa que la institucionalización de la dominación".

"... Los oprimidos de América Latina y el Tercer Mundo no podemos ufanarnos de nuestra nación porque ella no representa el ámbito de la libertad, de la soberanía, de la igualdad económica, de la justicia social; ni representa una comunidad de destino que vaya configurando una comunidad de carácter, una personalidad nacional en sentido auténtico".

"La nación que anhelamos es para nosotros todavía la utopía, el "buen lugar", el lugar histórico donde encuentren su realización la libertad, la soberanía, la historia propia, la cultura propia y la conciencia de lo propio".

Para Ecuador, la América Latina y el Tercer Mundo, el recto camino, que está por abrirse, apunta y debe apuntar a su liberación, es decir, a la construcción de una nueva nación y una nueva conciencia nacional.

* Exposición presentada por el autor en la mesa redonda sobre "Métodos de enseñanza de la filosofía en función de una conciencia nacional", organizada por el Consejo Provincial de la ciudad de Pichincha, Ecuador, con motivo de la Tercera Semana Cultural de Mayo, 1981.

CONCIENCIA NACIONAL Y FILOSOFÍA

Hablar del método para la enseñanza de la filosofía en función de una conciencia nacional es un problema nada fácil de encarar y resolver. Y digo que no es fácil porque no se trata solamente de establecer los pasos en la enseñanza de la filosofía (que sería lo que usualmente se llama método), sino que esos pasos o procedimientos necesitan —entre nosotros y dentro de nuestra realidad— de una justificación previa. ¿Por qué enseñar filosofía de tal o cual manera y no de tal o cual otra? ¿Por qué enseñar la filosofía que hemos venido enseñando y de la manera en que hemos venido haciéndolo y no otra clase de filosofía y de una manera distinta? La pregunta por el método exige entonces una serie de esclarecimientos previos que nos permitirán comprender, entre otras cosas, las siguientes:

- a. Por qué hemos enseñado la filosofía que hemos enseñado y por qué hemos utilizado el método que hemos utilizado.
- b. Cuáles serían las condiciones de una nueva filosofía y de un nuevo método para su enseñanza.
- c. Qué o cómo sería esa nueva filosofía y cuáles los momentos, pasos o procedimientos de ese nuevo método.

Los esclarecimientos necesarios para la comprensión de los puntos enunciados no podemos ni debemos eludirlos. Y para ilustrar esta necesidad podría poner un ejemplo: Descartes, el padre de la filosofía moderna, no se planteó de entrada el problema del método sino que, tratando de escribir tres opúsculos científicos sobre la dióptrica, los meteoros y la geometría, se dio cuenta que para hacerlo necesitaba dilucidar previamente una serie de planteamientos y procedimientos que habían quedado cuestionados no sólo por el desarrollo de la ciencia, sino por la nueva configuración de su propia realidad a raíz del descubrimiento de América y el surgimiento de las formas precapitalistas. De este esclarecimiento, que Descartes realizó muy coherentemente con su propia realidad, resultó ese manifiesto filosófico de la modernidad que es el **Discurso del Método**.

Nosotros, digo el Ecuador, Latinoamérica, el Tercer Mundo, vivimos actualmente un momento histórico cuya toma de conciencia plantea la necesidad de un esclarecimiento de categorías, esquemas o conceptos adecuados a nuestro tiempo y a nuestra realidad. Y este esclarecimiento, que históricamente se nos presenta como una exigencia, no puede ser hecho más que a partir de las urgencias actuales de nuestra propia realidad.

Y bien, ¿qué es lo que nos dice la realidad, nuestra llamada "realidad nacional"? Nos dice que nunca ha sido "nacional", en el sentido auténtico de nacional; que lo "nacional" no ha sido otra cosa que una estructuración jurídica implementada a través del llamado "Estado Nacional" por los países imperialistas y las burguesías internas, para expoliar mejor nuestras riquezas, para sojuzgar mejor a las clases dominadas, para alienarnos mejor culturalmente. La "Nación", este supremo invento del capitalismo del siglo XIX, históricamente no ha sido otra cosa que la institucionalización de la dominación.

Nosotros, los oprimidos de América Latina y el Tercer Mundo, no podemos ufarnos de nuestra "Nación" porque ella no representa el ámbito de la libertad, de la soberanía, de la igualdad económica, de la justicia social; y porque esta "Nación" no representa una comunidad de destino que vaya configurando una comunidad de carácter, una personalidad nacional en sentido auténtico. La nación que anhelamos es para nosotros todavía la utopía, el "buen lugar", el lugar histórico donde encuentren su realización la libertad, la soberanía, la historia propia, la cultura propia y la conciencia de lo propio.

Pero este "buen lugar", esta nación anhelada no nos va a caer del cielo ni será el resultado de las fuerzas ciegas de la historia; este "buen lugar", esta nación anhelada, debemos y tenemos que construirla; lo cual significa que la nueva nación y su correspondiente conciencia nacional constituyen el resultado de procesos históricos que debemos y tenemos que asumir. Es posible que sean las generaciones futuras las que logren —por los caminos que su realidad y su tiempo les señalarán— la construcción plena de esta nueva nación. Pero en esta gran tarea nosotros tenemos nuestra responsabilidad histórica que no podemos eludir so pena de convertirnos en traidores o subopresores. Esa responsabilidad se llama: esclarecer las condiciones, en el ámbito de nuestro trabajo, para la nueva nación, para la auténtica nación.

Y viene ahora la pregunta que nos concierne más directamente: ¿Podemos esclarecer estas condiciones o algunas de ellas mediante la filosofía? ¿Y mediante qué clase de filosofía? Y en el caso de que la respuesta sea afirmativa, ¿qué método debería seguir esa filosofía?

La respuesta que el país necesita es, a mi juicio, la siguiente: con la filosofía tradicional, con ese bagaje de veinte y seis siglos que llamamos "filosofía", no podemos esclarecer las condiciones de la nueva nación y de su correspondiente conciencia nacional. Con un nuevo tipo de filosofía, sí. ¿Por qué no con la una y por qué sí con la otra? No con la una porque toda nuestra historia nos enseña que esa "filosofía" ha sido ideológica o ha llegado ideologizada hasta nosotros y ha cumplido y cumple una función de dominación. Con la otra sí, porque esa nueva filosofía no será otra cosa que el esclarecimiento de las condiciones últimas (o primeras) mediante una reflexión rigurosa en torno de las posibilidades reales y concretas de la nueva nación y la nueva conciencia nacional.

¿Quiere decir esto, entonces, que debemos arrojar la filosofía occidental y sentarnos a pensar a partir de un cero filosófico las condiciones de las que venimos hablando? No, porque esa filosofía forma parte de nuestra realidad presente y vigente; además, porque no se trata de negarla o suprimirla arbitraria e infantilmente sino de "liberarnos" de ella. ¿Cómo? Asumiéndola como lo que ha sido: un saber de dominación y para la dominación. ¿Y cómo la asumimos? Entendiéndola y enseñándola a partir de nuestra realidad histórica, lo cual posibilita una lectura e interpretación latinoamericana y ecuatoriana de dicha filosofía. Solo la ubicación en nuestra realidad y la conciencia de esa ubicación nos permitirán "liberarnos" de esa filosofía porque, en realidades dependientes, tener conciencia de lo propio y pensar desde lo propio es *eo ipso* un quehacer crítico y liberador. Y al hacer eso, dialécticamente vamos ganando, vamos "liberando" un espacio para un pensamiento genuino (por propio) al cual podemos llamar, si se prefiere, filosofía, aunque correspondería llamarlo simplemente *pensamiento*. Por otra parte, ir liberando ese espacio para un pensamiento o filosofía auténticos es ir esclareciendo y sistematizando paulatinamente las categorías, esquemas o conceptos necesarios para la construcción de la nueva nación y la nueva conciencia nacional; y al hacerlo estamos cumpliendo una de las primeras condiciones para la nación anhelada.

El esclarecimiento del que venimos hablando es ya filosofía, de tal manera que si los griegos definieron la filosofía como la disciplina que busca las causas últimas de todas las

cosas, nosotros podemos definirla como la disciplina racional que busca y debe buscar, en esta realidad y este momento histórico, el esclarecimiento de las condiciones últimas para la construcción de una nueva nación. Ahora bien, no se puede construir una nueva nación sin una superación de la dominación, sin una liberación. Lo uno implica lo otro necesariamente. La filosofía, entonces, no puede ser otra cosa entre nosotros que un ejercicio racional liberador y para la liberación.

De acuerdo con lo expuesto podríamos establecer los siguientes momentos de este proceso esclarecedor:

1. Entender y enseñar la filosofía tradicional a partir de nuestra propia realidad y a partir de una toma de conciencia de esa realidad y de nuestra ubicación en ella; lo cual pondrá de relieve el carácter ideológico de la filosofía tradicional.
2. Al establecer el carácter ideológico de la filosofía tradicional descubriremos que por ser ideológica, o sea, encubridora de la injusticia existente, ese saber impide (porque oculta) investigar e interpretar correctamente nuestra realidad.
3. Surge o, mejor, se experimenta la necesidad de una categorización o conceptualización propia que permita analizar e interpretar correctamente nuestra realidad.
4. El esclarecimiento de esas categorías y su sistematización progresiva irá perfilando paulatinamente un estatuto teórico de lo propio. Y esto y no otra cosa es y tiene que ser para nosotros ese ejercicio racional liberador al que podemos, por conveniencia, seguir reservándole el nombre de *filosofía*.

El método es ciertamente un camino hacia determinados objetivos, hacia nuestros irrenunciables objetivos históricos. Para llegar a ellos no hay que seguir cualquier camino ni el camino señalado por los dominadores; hay que abrir un "recto" camino. A nuestro juicio, para Ecuador, América Latina y el Tercer Mundo este "recto" camino apunta y debe apuntar a su liberación, es decir, a la construcción de una nueva nación y una nueva conciencia nacional: aquel "buen lugar" (lugar "histórico") en donde se dé un orden socioeconómico-político-cultural nuevo.